

HABIA un lleno total. Era una de esas tardes en que la tribuna de prensa —esa exigua barbacoa que vuela sobre los escaños de la izquierda— aparece repleta de insólitos periodistas. En ocasiones así puede uno encontrar en su sitio (en el de uno) a la mismísima Massiel, empellejada o no de chinchillas, cual un Miguel Strogoff del "La, la, la". Esta vez el mundo de la canción no estaba representado.

El ministro del Interior, Ibáñez Freire, leyó un informe de treinta y siete folios "sobre los últimos acontecimientos que ha venido a perturbar, en distintos puntos de la geografía española, la vida ciudadana".

Decía el ministro:

—Una vez más, la violencia aparece sincronizada con una etapa importante de nuestro desarrollo político, especialmente hoy en la esfera autonómica.

El terrorismo es obra de ETA y de "otros activistas terroristas de extrema derecha". El ministro dedicó casi todo su informe a estos últimos, al nombramiento del general Sáenz de Santamaría y a la reorganización de las Fuerzas de Seguridad del Estado.

No hubo debate, que queda para la Comisión de Interior. En esto el Congreso no parecía un Parlamento.

Las sorpresas del Luzbel de Hispalis

Sí que hubo debate —y muy vivo— en una interpelación socialista sobre Radio Televisión Española. El PSOE sacó a un Alfonso Guerra que, con toda educación y mesura en el tono, dijo cosas terribles. Todo partía del informe aparecido en "El País", basado a su vez en el "realizado por la Intervención General del Estado sobre la situación económica de Radio Televisión Española".

—El diputado que habla a sus señorías no puede menos que sorprenderse de que un

Alguna vez tenía que pasar. Resulta que la otra tarde (jueves, 14) el Congreso parecía un Parlamento. ¿Y qué es un Parlamento? Un Parlamento es como un periódico: un órgano de representación donde se tratan temas actuales y de interés, con claridad. Y el jueves este Congreso —en un inesperado ataque de identidad— se ocupaba de temas actuales: el terrorismo, la televisión, el referéndum andaluz...

EL CONGRESO EN EL APOCALIPSIS

VICTOR MARQUEZ REVIRIEGO

asunto de tal envergadura tenga que ser conocido por el pueblo y por los representantes electos de ese pueblo a través de la prensa, y de que el Gobierno no haya considerado pertinente informar del mismo a las Cortes.

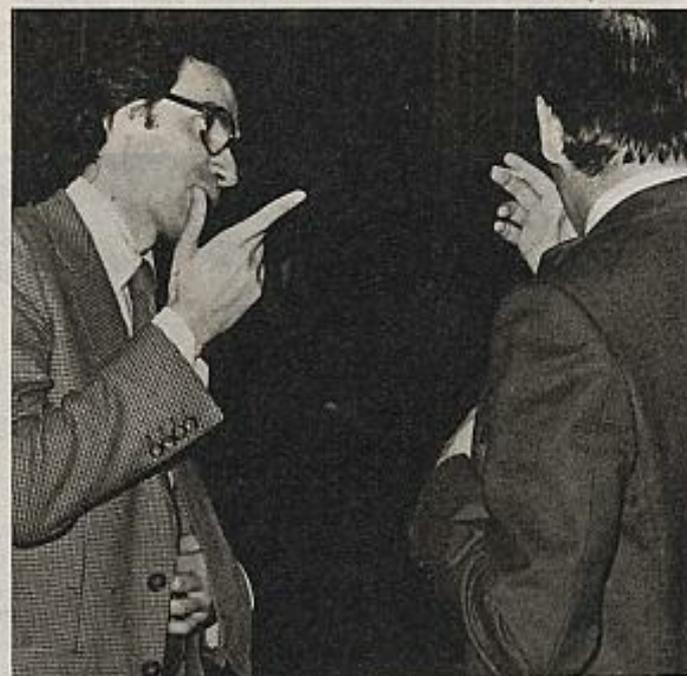
La historia del informe es la historia de "un hecho insólito". El Gobierno decide investigar en RTVE y "se encuentra con que la imagen que le devuelve el espejo en que se mira es impresentable

y decide esconder el espejo".

Si los hechos no se denuncian sufrirán las instituciones democráticas:

—Si el pueblo ha llegado a perder esa credibilidad en el Gobierno, no permitamos que la pierda en el Parlamento o en el Poder Judicial.

Habla Guerra de un programa de TVE titulado —según me pareció oír— "Primera página". Allí "el señor Arias-Salgado nos endulzaba la vida demostrándonos en el



Alfonso Guerra con Fernando Abril. El socialista presentó la interpelación sobre el tema de televisión.

citado programa todo lo honestos y eficaces que son él y sus colaboradores, pensando que aún es posible, a través del bochornoso autobombo, convencer a la opinión pública de que Televisión Española no es una cueva de ladrones".

Y así siguió este Luzbel de Hispalis, arreando estopa.

La paradoja del comediante

Salió a contestarle, entre murmullos de sorpresa, el ministro de Hacienda García Añoveros. Acaso por aquello que dijo Guerra:

—El contencioso está, pues, claramente planteado entre dos organismos de la Administración: Radio Televisión Española y la Inspección General del Estado...

Añoveros salió con todo. Es decir, con la cartera de ministro puesta, la propia y vera cartera ministerial, de fuelle y cuero negro. La llevó al arengario para que todos la viéramos y allí se puso a sacar papeles y más papeles, fotocopias y carpetas.

—Antes de contestar esta cuestión habrá que cuestionar la propia cuestión.

Esa era, por lo visto, la cuestión. Ver si el Gobierno tenía o no que haber traído la auditoría televisiva al Parlamento.

Su respuesta, según opinión general, fue lisa. Tanto que en algunos momentos parecía D. Fernando Abril. Parte del personal suponía que este repentino ataque de abrillexia —extraño en un hombre de tan claro entendimiento como el señor Añoveros— era fingido. O sea, que el Gobierno para sortear la embestida socialista usó de esta estratagemas.

Y hay que señalar —hablamos ya en funciones de crítico teatral— que Añoveros lo hizo bien. Si el Congreso parecía un Parlamento, Añoveros parecía Abril. Sólo le traicionaba en la interpretación abrilena su desenvuelto manejo del Derecho Administrativo, materia en la que don Fernando (agrónomo asilves-

trado) no parece estar muy puesto... Por lo demás, la interpretación excelente. Y para más explicaciones véanse programas de mano; es decir, "La paradoja del comediante" de Dionisio Diderot.

Como el Cristo glorioso del Apocalipsis

Aún volvería el Luzbel de Hispalis con el incordio de la teleimagen. De aquel cuerpo —donde jamás aposentóse la gordura— salía un grito:

—El Gobierno no tiene nada que ocultar... ¡Pues bien: el Gobierno ha ocultado durante meses el informe!

Y sacaba la historia comparada: También Nixon empezó negando. (Cuidado señor Guerra, que en el imperio romano no era lo mismo Roma que Bitinia.) "La actitud del Gobierno es la actitud de la arrogancia que tiene aquel que dispone del poder"... Los socialistas presentarían moción, votarían negativamente todos los créditos a TVE, denunciarían ante los tribunales...

Al ministro esto le alborozó:

—Me alegro de que el grupo socialista presente la denuncia. Ya era hora de que alguien presentara aquí alguna denuncia.

Y anunciaba "presupuesto de base cero" para RTVE y

contabilidad de costos. Algo dijo también de que los funcionarios de RTVE eran los mejor pagados de España (y a juzgar por el informe de "El País", los mejor comidos; aquello parece la casa de Lúculo).

Cerraba el ministro entre aplausos ucedeos (Clavero se abstuvo) y pateos socialistas.

Desde su alta sede —ubicado allá arriba como el Cristo glorioso del "Apocalipsis"— hablaba D. Landelino:

—Silencio, por favor, orden, basta, basta, por favor...

Una vez sosegados los pecadores, pedía el Luzbel socialista que todo se enviara a la Cámara "para poder continuar y seguir el asunto hasta el final".

Amagaba, vacilante y torpón, Jiménez Blanco. Quería votación para ver si sí o no, buscando acaso demorar un tanto el venidero sofión.

Cortaba con imperial desdén D. Landelino (¡cuándo se aprenderá esta ignara grey el reglamento!):

—Por favor, no ha lugar a votaciones.

El referéndum de la extraña pregunta

Después tocó el turno a las protestas andaluzas.

Felipe Alcaraz, comunista de Jaén, criticaba la extraña pregunta ("no votaré

si no es en presencia de mi abogado"), el "consignazo" de UCD...

Pero no toda la UCD estaba complicada en tan sucia "política de clan". Las Juventudes Andaluzas de UCD llamaban al voto libre y ahí estaba la postura independiente de Clavero (el "abertzale" o el "a-ver-si-zale").

—Quienes defendemos la participación y el voto afirmativo somos los verdaderos defensores de Andalucía y de la unidad de España.

Aquella Andalucía, siempre tan generosa, ahora recibía a cambio la moneda falsa de un grupo de políticos que "intentaban torear a quien lo inventó".

Arias-Salgado (el del Gobierno, no el de la cosa) proclamaba objetividad:

—El Gobierno en cuanto tal, es decir como órgano constitucional, no se ha pronunciado.

Replicaba el socialista Yáñez y le llamaba "ministro secretario general", no con ánimo de ofender sino porque empezó hablando como ministro del Gobierno y acabó como secretario general de UCD. Era aquella una tarde tan antigubernamental, que hasta Luis Yáñez hacía pinitos.

Y clavaba un rejón de castigo a Martín Villa, "un señor de León, experto en represión", organizador de todo aquel cirio.

Más que nunca gritaron los

ucedeos, como si les hubieran mentado a la madre, mientras Martín Villa, siempre buen encajador, amuecaba la media sonrisa de Peter Lorre, imperturbable (antes dijo que Yáñez era de Sevilla, pero no señor). Arrecriaban los gritos, tanto que a punto estuvimos de que le cayera a Yáñez alguna torta por delegación. Y es que —quienes saben dicen— Martín Villa tiene una fuerte clientela en el Congreso; casi medio centenar de diputados están ligados a él por la "devotio ibérica".

Seguían los gritos yañecidos y cortaba Landelino:

—Señor Yáñez: le ruego que no insista por ese camino.

La soledad de Clavero en el corredor del fondo

Continuaba Yáñez con su memorial de agravios. La pregunta de marras era un insulto a los andaluces, al presidente de la Junta no se le dejaba intervenir en televisión como hicieran en su día Tarradellas y Garaicoechea...

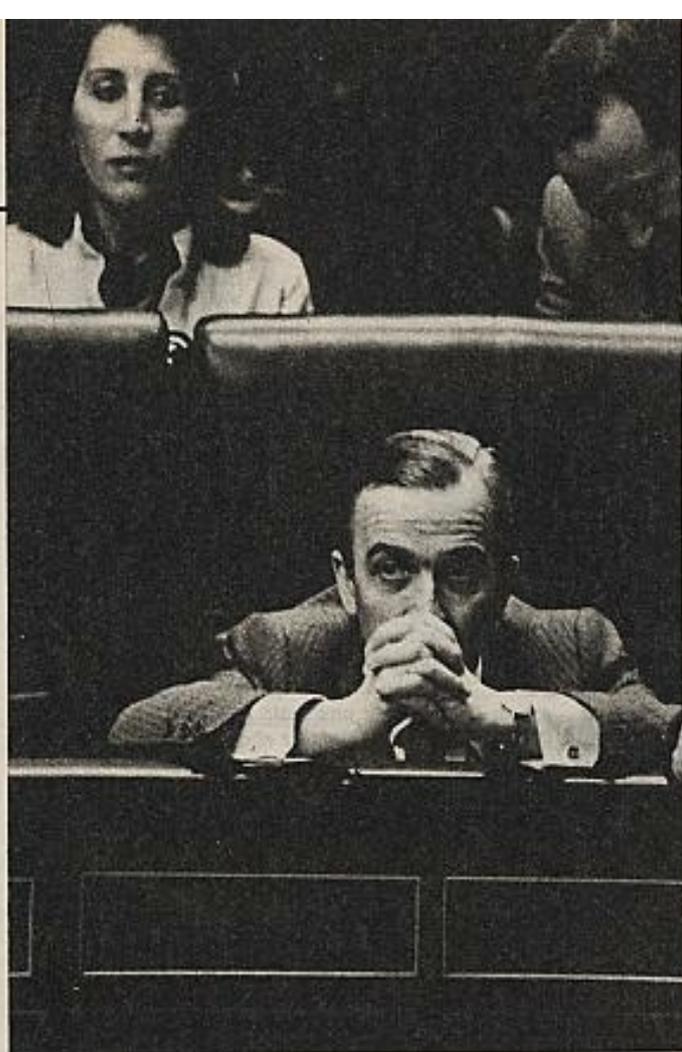
Y Rojas-Marcos recitaba los agravios comparativos con Cataluña y el País Vasco.

Y Alcaraz le tomaba la palabra a Arias-Salgado:

—Ha dicho D. Rafael Arias-Salgado que los andaluces de UCD tienen plena libertad de voto. Nosotros lo vamos a repetir en la prensa, en



Ignacio Camuñas, Landelino Lavilla, Jiménez Blanco y Luis Apostua. En la otra foto: Enrique Múgica, Martín Villa ("un señor de León") y Lamo de Espinosa, que no se sabe si dimite o no dimite de Agricultura.



García Añoveros, que salió a defender un tema que no era suyo. Detrás, los ucedeos Juan Arce y J. L. Moreno Díez.

la radio y en los mítines...

Volvía con su cansino ritornello de leguleyo el joven Arias:

—La pregunta es constitucional y es procedimental.

(Y comentaba, por lo bajo, un andaluz airado: "Ahora resulta que el más listo de los Arias-Salgado era el finado D. Gabriel.")

Todavía en este presunto parlamento preguntaría Guillermo Galeote, socialista cordobés, por la presunta carta de D. Donato León a los directores de la antigua Prensa del Movimiento.

Se estrenaba De la Cierva como ministro en el arengario. Negaba la mayor. El se enteró de la noticia de que los Medios de Comunicación Social del Estado no dependían del ministerio de Cultura (o sea: de él) cuando lo leyó en la prensa. Y es que D. Ricardo es hombre que además de escribir en los periódicos, los lee.

Los socialistas rieron mucho la intervención del neoministro. A veces hablaba como historiador, a veces como periodista, como murciano,

como ucedeo e incluso como ministro. Y además la historia de la carta, que era complicada. No existía, pero luego resultaba que había otra que no era la primera, etc... Con tantas cartas, aquello más que el Congreso pareció la fábrica de D. Heraclio Fournier, el rey del naípe.

Clavero, fuera del escaño, escuchó la primera intervención de su sucesor en la "pelouse", apoyado junto a la tribuna de los fotógrafos, muy cerca de la puerta.

Al final sacó un billete de Iberia, miró al soslayo, fuese y no hubo nada. Yo estaba en la puerta del hemicycleo y como el ex ministro (tan solicitado en tiempos de poder) iba solo, le acompañé hasta fuera. Bien se merecía esta mínima escolta quien ha sido uno de los ministros más educados que ha pasado por el Gobierno.

Cuando salía, dije a quien poco después saldría de UCD:

—Suerte y ¡a-ver-si-sale!

Claro está que yo me refería al referéndum de la extraña pregunta. ■ V. M. R. Fotos: RAMON RODRIGUEZ.

LoS
CoNteM
poRa
nEoS

EL COLOR DEL CRISTAL

LA dependencia de la verdad se ha hecho, en nuestro tiempo, una cuestión sutil. Para que un hecho, incluso del pasado —sobre todo del pasado—, sea considerado como verdadero, es preciso que se cumplan determinadas condiciones que, en principio, no parecen tener relación directa. Tomemos el caso del Sha. ¿Cometió o no actos criminales en su país? Dentro de la lógica antigua, la definición dependería de un examen de su conducta. En la lógica actual depende de las negociaciones que están llevando el secretario general de la ONU, Waldheim, y el nuevo primer ministro del Irán, Bani Sadr, y de las que más adelante —si éstas prosperan— conducirán en París el secretario de Estado y el ministro de Asuntos Exteriores del Irán. Ninguno de estos interlocutores tratan, en realidad, de lo que hizo el Sha, sino de la situación de los rehenes de la Embajada de Estados Unidos en Irán. La verdad sobre éstos —¿eran espías, conspiraban contra el país donde trabajaban en un servicio diplomático?— podrá a su vez establecerse según las relaciones entre Bani Sadr y los estudiantes de Teherán que les retienen. Los cuales, a su vez, dependen de la iluminación de Jomeini, y de hasta qué punto el Imán de los Creyentes considere otra verdad; la de la acción soviética en el Afganistán. Que debe corresponder con la necesidad que tenga el Presidente Carter de buscar una alianza con Jomeini frente al peligro soviético. La cual estará en relación con el problema del golfo Pérsico. Verdad que estará en relación con el número de votos que Carter pueda obtener en las elecciones presidenciales del mes de noviembre. En otro orden de cosas, se puede relacionar con lo que suceda en Yugoslavia, a la muerte de Tito, y la necesidad de atenazar o no la zona. En todo ello se ve la misteriosa fuente de definición de la verdad. Si, tras esa cadena, conviene que la verdad que se acepte fue la que el Sha era culpable, comenzará a producirse un proceso en el que se definirán —tras una comisión de encuesta presidida por un Premio Nobel— el grado de culpabilidad y se tendrán que definir otras verdades nuevas: si es preciso o no un tratado especial internacional —en este caso, entre Irán y Panamá— para la extradición del Sha, cuestión que a su vez dependerá de la realidad y coherencia de las relaciones de Panamá con Estados Unidos, tras la cuestión del canal, y a las posibilidades de que Panamá —Estados Unidos, todavía, hasta el cumplimiento de un plazo— cierre el paso por su canal a los barcos iraníes o con cargamento de petróleo iraní.

En todo ello se ve lo que hemos progresado en materia de lógica, de examen filosófico de las cuestiones y de problemas de causas concomitantes. Hasta hace poco, las víctimas del Sha eran simplemente arrojadas a un calabozo, torturadas y asesinadas. Eran verdaderas víctimas, sin que esa verdad tuviera que ser tan finamente analizada como la de la culpabilidad del Sha o no en su destino. Incluso esas víctimas del pasado se benefician ahora de la nueva sutileza, puesto que se va a definir si existieron o no, si eran víctimas o no.

Esta sutileza ha llegado a España. Por ejemplo, el ministro de Educación, Otero Novas, ha llegado a esta verdad, que ha expuesto en Vitoria: "Defender la escuela única es una posición fascista". No ha llegado repentinamente; hay que pensar cuánto habrá meditado sobre sus relaciones personales con la Iglesia, con el sistema económico de los centros docentes, con las pretensiones que la clase dominante tiene con sus hijos, sobre el modelo de sociedad que pretende que suceda a ésta, para llegar a esa definición de la verdad. Socialistas, comunistas defienden la escuela única: son fascistas. La dependencia de la verdad es una cuestión admirable. ■

POZUELO